



Estudios de Literatura Colombiana
ISSN: 0123-4412
revistaelc@udea.edu.co
Universidad de Antioquia
Colombia

Gallego Duque, Félix Antonio
La consolidación del proceso de modernización urbana de Medellín en Una mujer de
cuatro en conducta de Jaime Sanín Echeverri
Estudios de Literatura Colombiana, núm. 20, enero-junio, 2007, pp. 59-75
Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=498357115004>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

La consolidación del proceso de modernización urbana de Medellín en *Una mujer de cuatro en conducta* de Jaime Sanín Echeverri

Félix Antonio Gallego Duque*
Universidad de Antioquia

Recibido: 11 de abril de 2007. Aceptado: 2 de mayo de 2007 (Eds.)

Resumen: El presente artículo expone a la luz de la lectura de la novela *Una mujer de cuatro en conducta* de Jaime Sanín Echeverri las diversas manifestaciones literarias de un proceso social e histórico, como es el proceso de modernización de la ciudad de Medellín, lugar de ubicación geográfica de la narración, durante la primera mitad del siglo XX.

Descriptores: Sanín Echeverri, Jaime; *Una mujer de cuatro en conducta*; Literatura urbana; Historia de Medellín siglo XX.

Abstract: This reading of Jaime Sanín Echeverri's novel, *Una mujer de cuatro en conducta*, exposes the various literary manifestations of a social and historical process experienced by Medellín city, place where the novel develops, as a consequence of its modernization during the first half of the 20th century.

Key words: Sanín Echeverri, Jaime; *Una mujer de cuatro en conducta*; Urban literature; Medellín in the 20th century.

El género de la novela en Colombia se ha constituido muchas veces en el medio de expresión de la vivencia de los escritores inmersos en una realidad social e histórica. A través de la escritura han plasmado su visión particular del mundo que les ha tocado presenciar, para mostrar cómo estas circunstancias sociales, políticas, económicas o culturales han marcado su vida personal y su producción literaria. De esta forma, los escritores que

* Magíster en Literatura Colombiana de la Universidad de Antioquia y profesor de cátedra de la Facultad de Comunicaciones de la misma universidad (fagd15@latinmail.com). Este artículo hace parte de la tesis aprobada con mención sobresaliente denominada “Edición crítica de *Una mujer de cuatro en conducta* de Jaime Sanín Echeverri” (2007).

vivieron los procesos de transformación de la sociedad colombiana durante la primera mitad del siglo XX no pudieron desconocer los vertiginosos cambios que dentro de ésta se estaban generando.

Una de estas manifestaciones literarias que evidenciaron la transformación de una época, de una región y de una sociedad se reflejan en *Una mujer de cuatro en conducta o “la quebrada de Santa Elena”* (1948) del escritor antioqueño Jaime Sanín Echeverri,¹ en donde se reconstruye, a través de la historia novelada, el proceso de cambio de una ciudad y de un personaje femenino que vive literariamente durante las décadas de los años treinta y cuarenta del siglo XX. El recorrido que el narrador cuenta de la vida de Helena Restrepo y su relación con la sociedad medellinense de la primera mitad del mencionado siglo, marcan el proceso histórico que vivía una ciudad que luchaba por instaurarse dentro del fenómeno de la modernización.

Dentro de los procesos históricos vividos en Colombia durante el siglo XX cabe resaltar la consolidación de las ciudades como centros urbanos que agruparon la mayor parte de la población colombiana, resultado de unos procesos de cambio en la economía y la movilidad de la población general del país a partir de las crisis generadas durante el siglo XIX con las contiendas civiles, fenómenos que se agudizan con la guerra que marca el final del siglo XIX y el inicio del siglo XX como es la Guerra de los Mil Días.² Pero más allá de las confrontaciones bélicas, el sistema de pensamiento del hombre, en este caso particular de la mentalidad del antioqueño, definió un cambio vertiginoso en la capital de Antioquia que la llevaron a iniciar desde 1890 reformas que hicieron pasar a Medellín de la Villa decimonónica a erigirse como una ciudad industrial en la época que nos interesa analizar, de acuerdo con la ubicación temporal de la novela objeto de este estudio.

1 Jaime Sanín Echeverri (1922) ha sido un prolífico escritor e intelectual que ha participado activamente en las esferas educativas, culturales y sociales desde la tercera década del siglo XX a la fecha, es autor de numerosos ensayos y obras literarias, de las cuales se pueden mencionar, además de la novela objeto de estudio en este texto, *Quién dijo miedo* (1960), *Austramérica* (1984) y *Jesús el de José* (1998). Fue rector de la Universidad de Antioquia (1960-1963) y actualmente es miembro de la Academia Colombiana de la Lengua.

2 Los historiadores coinciden en señalar que el país durante el siglo XIX sufrió, sin contar las guerras independentistas, nueve grandes guerras civiles, aparte de los conflictos regionales y los conflictos con Ecuador y Panamá. Según Álvaro Tirado Mejía, la República se estableció con una guerra y el siglo XIX termina con una guerra, en total contabiliza 29 grandes calamidades públicas durante este periodo (Tirado, 1995,11).

La novela se enmarca entre los años de 1930 y 1948 para narrar la vida de Helena Restrepo, una joven campesina que vive con su padre en la vereda de Santa Elena, aledaña a Medellín, y desde donde se desprende la quebrada del mismo nombre que divide para ese momento el perímetro urbano de la ciudad; con esta tradicional quebrada estará asociado el destino de la protagonista. Como el cauce de la fuente de agua, Helena baja de la montaña para adentrarse en la ciudad e ir contaminándose en el contacto con la realidad social de las suciedades y exclusiones que van formando al personaje protagónico a partir de todos los males presentes: el engaño amoroso, la envidia, el orgullo de clase y los prejuicios sociales, la marginación y la hipocresía de una sociedad que descarga en Helena todas sus ignominias, al igual que sobre las aguas de la quebrada caen todas las inmundicias de la ciudad hasta convertirla en una cloaca. De esta forma, aquella inocente y esperanzada muchacha que baja virginal de la montaña se convierte en una afamada prostituta, rechazada por la misma sociedad que la absorbe como una estructura más, imprescindible en el nuevo entramado urbano.

Para analizar de manera más amplia la obra literaria y sus referentes se pretende conceptualizar la modernización urbana, específicamente cómo en Medellín se van presentando los rasgos de la ciudad moderna a partir de los cambios económicos y urbanísticos que sufre, y que en la novela de Sanín Echeverri se manifiestan abiertamente a través del papel y el recorrido que establece su personaje protagónico, como una mujer que se enfrenta a la ciudad y termina adoptando su ritmo agitado para terminar en la expiación de sus culpas.

Medellín y la modernización urbana

Históricamente los países de América Latina llegaron tarde al proceso de modernización, porque el legado cultural occidental alcanzó al Nuevo Mundo de manera más lenta y, adicionalmente, el sistema colonial predominante durante más de tres siglos desde el descubrimiento sumió a las nacientes comunidades hispanoamericanas en un oscurantismo que retrasó bastante sus adelantos culturales y tecnológicos con respecto al resto del mundo.

En el caso particular de Colombia, la anarquía reinante después de la época de la independencia desencadenó una serie de guerras civiles que desestabilizaron el país y tuvieron como base del conflicto la creación de

los estados federales dentro del marco del centralismo, enfrentados al poder hegemónico que se quería establecer desde la capital. El proceso de la constitución de las comunidades autónomas como el Estado de Antioquia fracasó en el ámbito político pero no en el arraigo cultural de un pueblo a sus tradiciones, lo que ha identificado a la región antioqueña como un territorio independiente en los aspectos ideológicos y económicos, a lo que contribuye su aislamiento geográfico con respecto al resto del país, esto permitió que se vivieran procesos diferentes a nivel de la consolidación de un proyecto modernizador.

Siguiendo los postulados de Jorge Orlando Melo,³ podemos identificar que entre 1886 y 1910 se dan las condiciones propicias para implantar la modernización a partir de 1925.⁴ Particularmente, este historiador se detiene a analizar cómo el aislamiento de la región antioqueña y la mentalidad de la élite burguesa aceleraron la consolidación del proyecto modernizador:

Los grupos dirigentes [antioqueños] tuvieron desde temprano una orientación más urbana y comercial, y desarrollaron una actividad económica centrada en el intercambio comercial, y la inversión minera [...] una élite comercial, minera y de hacendados conservadores pudo asumir actitudes modernizantes sin entrar en conflicto con la iglesia, y antes bien apoyándose en ésta [...]. Una mentalidad pragmática, con una elevada valoración del trabajo, del éxito económico individual, de la riqueza como indicador esencial del status, del ahorro y la inversión, encontraba en la política interés en la medida en que propugnara por el desarrollo de la infraestructura o apoyara la actividad económica (Melo, 1985, 39).

3 Este investigador se puede catalogar como el teórico que más se ha preocupado por determinar en sus publicaciones las características y los antecedentes del proceso de modernización en Colombia.

4 Melo identifica seis condiciones fundamentales como antecedente para alcanzar la modernización: a) La adopción del café como base de la economía campesina del occidente colombiano, b) El crecimiento de la población urbana y la creación de nuevas industrias, particularmente, la financiación por parte de la clase comerciante de las nuevas industrias textiles a partir de 1900, c) La llegada de capitales extranjeros que permitieron ampliar la red ferroviaria, d) El consenso entre los grupos de la élite política de liberales y conservadores después de la terminación de la Guerra de los Mil Días y la secesión del Canal de Panamá, en este proceso conciliatorio influyó notablemente el grupo dirigente antioqueño, e) Un periodo de paz política de larga duración con base en los arreglos institucionales y el aumento de la capacidad estatal y f) El estímulo del Estado a ciertas actividades económicas y el proteccionismo que asumió (Melo, 1985, 38-39).

Para comprender mejor las implicaciones del proceso de modernización es necesario identificar cómo se presenta este fenómeno y las incidencias que en una sociedad puede tener. En Colombia, específicamente en las postrimerías del siglo XIX, ya se vislumbraba la instauración “de un orden capitalista, antes de entablar un orden cultural y competitivo abierto” (1991, 235), porque es sobre la base del capitalismo donde descansa el espíritu progresista, de esta forma se definen los procesos de Modernización como aquellos que

conducen al establecimiento de una estructura económica con capacidad de acumulación constante, y en el caso de Colombia, capitalista; un estado con poder para intervenir en el manejo y la orientación de la economía; a una estructura social relativamente móvil, con posibilidades de ascenso social, de iniciativa ocupacional y desplazamientos geográficos para los individuos; a un sistema político participatorio y a un sistema cultural en el que las decisiones individuales estén orientadas a valores laicos. En general este proceso modernizador incluye el dominio creciente de una educación formal basada en la transmisión de tecnologías y conocimientos basados en la ciencia (1985, 31).

Dentro de esta gran definición, que el mismo autor reconoce, está cargada de una multitud de elementos, encontramos los rasgos constitutivos de la novela de Sanín Echeverri, porque en *Una mujer de cuatro en conducta* se presentan las características esenciales que la hacen novela emblemática de los vientos modernizadores que surcaban al país, concretamente a la ciudad de Medellín, en el momento histórico en el que se ubica la narración. Helena Restrepo representa, como campesina migrante en busca de nuevas oportunidades, la movilidad social necesaria del área rural a la urbana para crear una nueva clase asalariada, sea como empleada doméstica, mesera y, especialmente, en su papel de obrera, que encuentra dentro de un sistema de retribución económica el salario como fruto de su trabajo, constituyéndose en un elemento más de la “aparición de un mercado de mano de obra asalariada y de un proletariado” (1985, 31), representando así a un sujeto atrapado en un sistema industrial “basado en el empleo de maquinaria energía mecánica” (1985, 31).

Sin embargo, a pesar de ser en sus inicios una digna representante de la clase trabajadora, la protagonista a la vez está excluida de ese ideal capitalista del ascenso social que promete con su utopía hacerle un lugar en el mundo al individuo anónimo, dentro de una ciudad que la absorbe y la

involucra como una parte más de su engranaje social imparable. De esta forma, Helena se da cuenta, al ser presentada en la fábrica, que ella sólo representa una cifra más dentro de un número de seres anónimos, que no cuentan como humanos sino que son piezas anexas a las maquinas, cuya única finalidad es producir:

—Este es el número 418. Espero que dará buen rendimiento.

Esto del número no estaba en el programa de Helena. Y francamente cuando oyó hablar de buen rendimiento, pensó en que era exactamente el término que ella había oído emplear en Santa Elena a don Carlos, el dueño de la lechería, cuando hablaba de sus vacas. Con el agravante de que el hacendado conocía todas las vacas por su nombre, mientras las cristianas en las fábricas son conocidas por su número (Sanín Echeverri, 1948, 61).⁵

Y más adelante, al verse confundida ante la pérdida de identidad progresiva que la ciudad y sus condiciones sociales y económicas van imponiendo a la protagonista, aspecto que se analizará con detenimiento posteriormente, se cuenta:

—¿Cuál es su ficho?, hágame el favor, para anotar en el reporte de tiempo, dijo el vigilante del salón, simpático.

—¿Mi ficho? ¿Cómo así?

—El número que se le asignó aquí en la fábrica.

Helena gagueó. Estaba obsedida por la idea de que ella era un número, una ficha despreciable, como una vaca en el potrero extenso, mucho menos que esa máquina de hilar que acababa de conocer, pero no sabía cuál número era (62).

Vemos en estos breves fragmentos como Helena es consciente parcialmente del papel que representa, es decir, a su vez es una máquina de rendimiento que debe producir una buena cantidad, medida dentro de un tiempo y con unos parámetros estipulados, bajo las teorías del estudio de tiempos y movimientos del taylorismo administrativo, modelo adoptado

5 Las citas de la novela se harán de acuerdo con la Edición Príncipe, la cual fue publicada en Medellín por la Imprenta Departamental en 1948. Las demás ediciones de la novela han sido sucesivamente en 1949, 1960, 1973, 1982 y 1995 por diferentes editoriales, siendo la última editada por la Editorial Universidad de Antioquia en coedición con el Municipio de Medellín.

en las industrias de Antioquia a finales de la década de los años veinte. La obrera no cuenta como un individuo pensante, es menos que la máquina que opera, pues su naturaleza humana la hace más frágil que las corazas que revisten los telares. Es el apogeo de la industria textil alrededor de los años de 1934 a 1936 en donde las industrias fundadas en la primera década del siglo XX lograron su consolidación al superar la crisis económica que amenazaba la tercera década.

Las condiciones económicas e ideológicas estaban creadas entonces para que en Antioquia se desarrollara de manera más tangible la adopción del modelo capitalista como la base que consolida la creación de la industria, lo que da cuenta de los cambios económicos y del paso de un sistema agrario-feudal del siglo XIX en Colombia al modelo comercial, iniciado con la minería y el cultivo del café a través de la influencia del sector comerciante. Desde el siglo XIX la región antioqueña se distinguió entre las demás regiones del país por el desarrollo de una actividad que le permitiría una predominancia económica, en especial, a través de la abundancia y explotación de los yacimientos de oro. Además, a principios del siglo XX otra empresa entraría a complementar la riqueza de la región como era el cultivo del café. Sin embargo, no se desconoce que hubo una actividad que estuvo detrás de ambos motores de explotación económica y que posibilitó la acumulación acelerada de las grandes fortunas antioqueñas, ésta fue el comercio, que es en última instancia el gestor de la industrialización en Medellín, estos fenómenos se manifestaron así:

La acumulación de dinero en Antioquia durante el siglo XIX había girado en torno a la minería y en el siglo XX lo hará en torno del café inicialmente y después de la industria. Pero las principales fortunas se forjaron a través del comercio. Esto no significa que el oro y el café no hayan sido los principales focos productivos de la región; significa que la producción en Antioquia –salvo casos excepcionales– fue controlada indirectamente por los comerciantes (Botero Herrera, 1984, 175).

Esta acumulación de poder, para invertir capitales en las actividades más importantes que enriquecieron aún más a la élite, propiciaron que en Antioquia la concentración de la riqueza estuviera siempre dentro de unas pocas familias que inteligentemente habían diversificado sus inversiones para aminorar el riesgo, pero sin dejar de lado la actividad comercial que era la base sobre la cual se sostenían las demás. Sin embargo, esta situación va cambiando porque “una vez terminó la Guerra de los Mil Días, comienza

el deterioro del comercio en Medellín” (177), esto determinará que una vez más sean estas familias poderosas las que fijen el futuro de la región a través de la creación de empresas de una manera temprana, fundando la base para que se consolide la industria textilera en Medellín y sus municipios cercanos, experiencia que se recoge en la novela con la participación de la protagonista como una pieza más del entramado industrial de una de las empresas más grandes como Coltejer:⁶

La crisis se iba resolviendo a base de trabajo. Estos hombres de Antioquia, a quienes tan rudamente golpearon los reveses económicos, volvían a ansiar convertir a Medellín en la Manchester colombiana. La fábrica anunciaba sus telas en vistosas etiquetas con la bandera tricolor por fondo. La producción iba en aumento, y estaban enganchando obreras para trabajar en el turno, de las dos de la tarde a las diez de la noche. Los salarios no eran altos, pero remediaban la necesidad de centenares de familias. Dar trabajo era una necesidad en el país, y pagar salarios, por bajos que fuesen, era una aventura aún (Sanín Echeverri, 1948, 36).

Como se manifiesta abiertamente en este apartado, en los primeros cinco años de la década del treinta, el país aún sufre los rigores que impuso el fenómeno mundial de la crisis económica de 1929. A finales del año de 1930 el narrador se ubica para dar inicio a la historia de Helena, pero también es el comienzo de un nuevo periodo histórico en Colombia, episodio que evidencia la importancia del aspecto económico en la novela y que marca la génesis de la historia que desarrolla Jaime Sanín Echeverri en la obra:

Se trataba de sacrificar el cerdo navideño. En lugar del voluminoso y solemne de años anteriores, Roque Alfaro trajo en 1930 un lechón [...]. Sólo falta para una navidad completa el degüello del lechón, y para él escogió Roque este último día del año. Quiere obligar así a sus hijos a permanecer en el frío de la montaña hasta pasada la media noche, en que el año nuevo mostrará su faz menos hosca que el trágico viejo de 1930 (6).

6 La Compañía Colombiana de Tejidos S.A., Coltejer, fue fundada en 1907 por Alejandro Echavarría Isaza. En 1932 su gerente era Germán Echavarría y la empresa contaba con 9.400 acciones; su actividad fue descrita así en *La guía Medellín* que circuló en 1932: “Productos que se elaboran. Telas: driles, khakis, drilones, domésticas, listados, oxfords, coletas, carolinás, telas para camisa, telas para mujer, telas para toldos y colchones, telas para mantel y para sábanas, y telas blanqueadas en general. Tejidos de punto: camisetas, calzoncillos, vestidos de baño, vestidos para niño y todos los artículos relacionados con tejidos de punto” (Pérez, 2004, 305).

Se resalta entonces la precariedad y austeridad con que se celebran las fiestas navideñas de este año, lejos del derroche de las anteriores, y que denotan el término de un mal periodo que marcaba la decadencia de la economía y de la hegemonía conservadora, porque en ese año había asumido la presidencia de la República el liberal Enrique Olaya Herrera quien inició una serie de reformas que iban a favorecer el sistema capitalista y el desarrollo de la industrialización en el país.⁷ Como lo anota el profesor Augusto Escobar, la época que trata la novela a partir del segundo cuarto de siglo trae aires renovadores pero oscurecidos por una añoranza de lo perdido, en donde no hay posibilidad de retorno frente al pasado que se deja atrás y un presente que no se quiere asumir por las consecuencias del cambio que tendrá al interior de la sociedad:

La crisis abre una brecha imposible de cerrar. Ya nadie quiere reconocerse en el pasado inmediato porque el presente, y más aún el futuro, son inciertos. El nuevo tiempo es de vértigo, el cual impide su adecuada asimilación, de ahí la confluencia de situaciones y estados, incluso contradictorios, unidos en una madeja difícil de separar: se pasa de una vida campesina, carente de todo, a la aparente prodigalidad de una sociedad urbana que abre sus puertas a la vida moderna (Escobar Mesa, 1997, 262).

De esta forma nos encontramos a las puertas de la modernidad de la vida urbana, con todas las condiciones necesarias para desarrollar un estilo de vida capitalista y lograr un cambio significativo en la cara de la ciudad, porque para el periodo de transición que se da entre 1890 y 1930 las condiciones de Medellín han cambiado,⁸ así como se manifiestan en la novela los

7 En realidad, la serie de gobiernos liberales que asumieron la presidencia desde la terminación de la hegemonía conservadora en 1930, inició con la presidencia de Enrique Olaya Herrera (1930). Seguiría el impulso reformista de Alfonso López Pumarejo (1934) con su “Revolución en marcha” y el periodo de Eduardo Santos (1938), quienes coinciden en gran medida con el momento histórico en el que se ubica la vida de Helena Restrepo y a su vez son los encargados de un proceso de regeneración nacional, en cuyos planes de gobierno incluían el fomento a la industria como factor que medida el progreso económico y generaba revoluciones sociales.

8 Diferentes historiadores han destacado cómo en las primeras décadas del siglo XX varios personajes de la vida política y económica se preocuparon por dar a la ciudad espacios públicos adecuados y popularizar la dotación de los servicios básicos como una forma de mejorar la calidad de vida de los pobladores de la urbe. Para este propósito se creó la Sociedad de Mejoras Públicas, una entidad sin ánimo de lucro que tuvo un papel indiscutible en el desarrollo de la ciudad, fundada en 1899 por la élite empresarial y económica, tuvo como uno de sus principales ideólogos a Ricardo Olano. De esta Sociedad se afirma que a partir de ella “comenzó a gestarse lo que podríamos denominar un *espíritu cívico*, o preocupación de lo público en relación con la ciudad” (Botero Herrera, 1996, 41).

cambios de los tratos de las gentes y que el campesino padre de Helena ve como una amenaza, ese cambio pernicioso podría ser “una cosa novísima y grave irrespeto. Posiblemente una de tantas innovaciones revolucionarias como los liberales querían imponer” (Sanín Echeverri, 13). Se muestra así cómo las costumbres van cambiando, la brecha social se va cerrando y las facilidades que trae el cambio político y económico van superando, en apariencia, las diferencias que separan a las clases sociales. Sin embargo, las características de la modernización promueven “una nueva sensibilidad social que conduce al control de los hábitos y costumbres campesinas y su reemplazo por lo que definen como urbanos. La conversión del hombre montañero en hombre civilizado y urbano es, de un modo u otro, el objetivo de quienes estimularon estos procesos” (Melo, 1997, 12). Según lo anterior, Helena no podrá tener características de mujer de ciudad mientras no pase por los procesos de transformación y cambio de una cultura rural que no es viable para los proyectos de avance que impone la urbanización. Por esto Helena no tiene otra alternativa que adoptar la urbe y convertirse en parte de ella para lograr posicionarse como un individuo que ha dejado atrás sus ideales y comparte con la colectividad la esperanza de un cambio que no comprende pero que anhela.

La mujer convertida en ciudad

El personaje de Helena Restrepo se nos muestra desde el inicio de la novela como una mujer que está fascinada por las perspectivas de apertura al mundo que la ciudad le ofrece, frente a la oposición del espacio aislado y monótono del campo que no promete alternativas de avance y mejoramiento de la calidad de vida, incluso la comercialización de los productos agrícolas como las flores están en decadencia para la época, debido a la crisis y la poca valoración de la actividad agraria. Esta admiración desmedida por un espacio que le es ajeno empezará a marcar la desgracia de la protagonista:

—¿Y a usted, señorita Helena, le gustó Medellín? —dije con sincera cortesía.

—A mí sí me encanta Medellín, doctor. Conozco todo el centro. Aquí me paso los días y las noches viendo esa extensión de ciudad y pensando en todas las maravillas que hay en ella: la catedral y tantísimas iglesias, las fábricas tan admirables, los colegios y la universidad, los parques

y las avenidas, esos edificios tan altos y esas casas tan primorosas... ¡Qué dicha tener plata y poder vivir en Medellín! Lo malo es que a los medellinenses les debemos dar mucha risa las montañeras (14).

En esta concepción inicial de la ciudad, Helena alude a todas aquellas instituciones que una vez instalada en ella la van a rechazar: la élite de familias que de sus “casas primorosas” la echan por no cumplir con los parámetros de sumisión y clase inferior que promulgan para la servidumbre, la industria que le va a negar un papel de obrera por el cuidado de la moral que instauran entre sus trabajadores, la iglesia con su control de todas las esferas sociales a partir de sus restricciones morales, los centros educativos y políticos a los que no puede acceder sino como autodidacta que se forma para complacer a aquellos que la asedian cuando ha sido excluida de la sociedad por ser prostituta; en resumen, es un ser que a medida que avanza la narración se convierte en desarraigado y diferente, por pertenecer a una clase emergente que se contrapone abiertamente a los preceptos y normas de una élite tradicional que juzga duramente a aquellos que irrumpen en la vida citadina para crearse un lugar en la sociedad.

Esta dicotomía ha sido identificada claramente por José Luis Romero como una de las características de la conformación de las ciudades latinoamericanas durante el siglo XX, en donde la sociedad normalizada, es decir, la sociedad tradicional y hegemónica, dueña de una herencia espacial por ser élites constituidas en la ciudad, tratando de ejercer sus derechos de clase, se encuentra frente a una sociedad anómica que lucha por salir de ese fango de exclusión y marginamiento en que se ve hundida por las pocas oportunidades de posicionarse como una nueva clase emergente con identidad propia al interior de la urbe, Romero caracteriza esta ciudad escindida de la siguiente forma:

Una fue la sociedad tradicional, compuesta de clases y grupos articulados, cuyas tensiones y formas de vida transcurrían dentro de un sistema convenido de normas: era, pues una sociedad normalizada. La otra fue el grupo inmigrante, constituido por personas aisladas que convergían en la ciudad, que sólo en ella alcanzaban su primer vínculo por esa sola coincidencia, y que como grupo carecía de todo vínculo y, en consecuencia de todo sistema de normas: era una sociedad anómica instalada precariamente al lado de la otra como un grupo marginal (Romero, 1999, 400).

En la época que recrea la novela existe una clara diferencia de clase y origen, mientras que la misma Helena se clasifica como “montañera” por su procedencia del campo, significando el proceso de cambio de la vida rural a la urbana, metaforizado como el despeñamiento del personaje de la montaña como una roca que coge fuerza para caer a la profundidad del valle; Susana, su inicial protectora y guardiana de la virtud de Helena, asegura que se ha perdido la diferencia de clase, porque la idea del matrimonio de una “montañera” con su hijo le produce tal aberración que asegura: “preferiría picárselo a los marranos a verlo casado con una desgraciada de esas” (Sanín Echeverri, 10). En esta expresión está todo ese “mal expresado sentimiento de superioridad que siempre alegan los urbanos frente a los rurales” (Romero, 405).

La protagonista llega a la ciudad dando tumbos en el autobús de Santa Elena, primero a vender sus flores y posteriormente a instalarse en ella cuando ha perdido todos sus referentes en el campo, que llega a serle tan ajeno como ella misma a él, porque ya no pertenece a ese lugar perdido a pesar de tratar de retornar a éste en varias ocasiones, por eso debe refugiarse en la ciudad que la mayoría de las veces es hostil, agrediéndola, rechazándola, relegándola, pero dejándole siempre una oportunidad de instalarse en ella, así sea en sus límites. Desafortunadamente es en ese límite del honor y la integridad donde termina por hacerse un lugar, inicialmente como salonera de un bar y luego como una prostituta, donde recuerda nostálgicamente cómo su voluntad se vio quebrada ante la marginación de la que fue objeto durante su vida como mujer “decente”; con posterioridad, cuando los vicios de la ciudad la empiezan a cautivar, paradójicamente vislumbra su existencia con un mejor porvenir, alcanzando la felicidad efímera y engañosa que le había sido vedada anteriormente:

Cuando yo no hacía otra cosa que mendigar un empleo de puerta en puerta, sin que nadie me diera nada, renegaba de la ciudad. Así le pasaba a usted [al ingeniero García] en ese tiempo: estábamos en la crisis, y rajábamos de la ciudad, porque estábamos muy pobres. Ahora le va a usted muy bien con su profesión. Y yo no me puedo quejar. Veo que la plata está aquí a rodo, y la gente la gasta a manos llenas. Por eso hablamos bien de la ciudad (135).

Vemos entonces que la fundamentación de un lugar en la urbe descansa sólo en el status que el dinero puede dar, espejismo que no alcanza a comprar el respeto y la dignidad que desean los individuos para instau-

rarse en la sociedad. Pero para el grupo de los seres de la masa urbana de marginados, que están claramente identificados por Romero como “un conjunto humano heterogéneo: familias, mujeres y hombres solos, todos entregados a una especie de azar del que dependía la nueva etapa de sus vidas” (1999, 400), no existe lugar posible en la ciudad y por eso ésta los aminorá para absorberlos y no dejar huella perdurable de su paso por la historia de la urbe. En apariencia Helena sí deja tal huella, especialmente con el escándalo del asesinato en el que se ve envuelta, pero ha cambiado tanto su identidad que en suma no se sabe quién es.

Este proceso de pérdida de identidad es fundamental en el estudio del personaje porque a medida que la joven Helena se va relacionando con la ciudad se va olvidando de sí misma, de sus orígenes y valores, se va acomodando a las situaciones, incomodándose ella misma, asumiendo nuevos nombres dependiendo de las circunstancias o de lo indigna que se va imaginando mientras que pasa por los diferentes procesos de degradación y de redención final.

Nuestra protagonista va adoptando nuevos nombres o variantes del mismo, inicialmente como Helena Restrepo, la joven soñadora y entregada a cumplir sus ideales empezando como empleada doméstica, luego como María Restrepo o simplemente “María”, porque para una campesina como ella no contaba el nombre aristocrata que comparte con las ricas de Medellín y mucho menos el apellido que particulariza al individuo. Más adelante, después del engaño amoroso, será simplemente un número de fábrica para identificarse como obrera, y ocultando su vergüenza de ser madre soltera, indigna de su apellido por orden de su padre, pasa a llamarse Carmen Bedoya, encomendándose a la Virgen del Carmen para salvar los restos de la dignidad y virtud que le quedan. En su proceso final será simplemente Carmen, la salonera y aún más allá será la Nena o Doris de la Fontaine, nombre tan artificial como su vida desordenada, llena de lujuria y derroche, al punto que para sindicarla de un asesinato no saben realmente en la “Crónica Roja” el verdadero nombre de la acusada. Finalmente, arrepentida como penitente, se convierte en la Hermana María Magdalena, como una forma de expiar sus culpas y las de la sociedad que la cargó de responsabilidades.

Este proceso de encubrimiento de la identidad del personaje termina por desvanecerla en medio del entramado urbano, recurriendo a esconderse tras falsas identidades que parcialmente dan cuenta del estado moral de Helena

y que se constituyen a la vez en una forma de ocultamiento de la sociedad que la obliga a tomar estas determinaciones para no ser recordada en la colectividad en la que existe. Pero no son solamente los diversos nombres los que ocultan la vergüenza de esta mujer, también la ciudad tiene sus mecanismos para no dejar surgir estas vergüenzas sociales y por eso crea instituciones como la Escuela Tutelar⁹ para enclaustrar aquellas mujeres que por su condición de desamparo no representan un proyecto viable de mujer citadina. Pero estas instituciones no fueron las únicas que pretendían ocultar los males de la sociedad, porque el mismo perímetro de la ciudad ubicaba en los suburbios o en los márgenes habitados, las zonas de prostitución como un sector que siempre ha sido objeto de condenas y exclusiones; en el caso de la novela interesa el sitio ubicado junto al Cementerio de San Pedro, que para su época estaba por fuera de la zona urbanizada de Medellín, a este sector se le llamó Lovaina¹⁰ y lindaba directamente con el aristócrata Barrio Prado de la década de los treinta y cuarenta antes de su decadencia. Vemos así como la misma ciudad con su doble moral necesitó crear espacios geográficos delimitados que encerraran o albergaran aquella parte que era diferente y que encerraban los deseos y las envidias de la urbe por el placer prohibido que ofrecían estas zonas de tolerancia.

La misma narración impone un velo de silencio sobre esta época turbulenta en la vida de la protagonista, velando esta realidad social que quiere ser ignorada, pero no puede ser desconocida porque ayuda a consolidar el tejido urbano de la ciudad. En síntesis, sobre este tema existe una censura que no se manifiesta abiertamente en la novela, pero que es evidente al callar deliberadamente este periodo oscuro que no es digno de ser recordado, y en pocas líneas resume varios años del trasegar de Helena diciendo:

9 La Escuela Tutelar fue creada en 1914 para salvaguardar la moral, como una Casa de Corrección para mujeres, y fue administrada por las religiosas del Buen Pastor. Allí llegaban “las niñas y jóvenes moralmente abandonadas”. Esta institución era “un híbrido entre taller, convento y prisión. Su lema podría reunirse en virtud, honor y laboriosidad”. La investigadora Catalina Reyes resalta que, a diferencia de sus inicios, para 1930 la mayoría de las internas eran de fuera de Medellín, esto da cuenta del cambio de la composición social de la población (Reyes Cárdenas, 1996, 256-262).

10 Así se describen los orígenes de estos sectores en el perímetro urbano de Medellín: “En los años veinte, Medellín contaba con cuatro zonas de prostitución. La Guaira en Guayaquil, el Chagualo cerca de San Vicente de Paul, Orocué en Maturín y La Bayadera en La Toma. Poco después se consolida “El Llano”, situado en los alrededores del cementerio de San Pedro, y más conocido posteriormente como Lovaina. Ésta se convirtió en la zona más apreciada; desde los sábados la animación de la ciudad se desplazaba a este sector” (Reyes Cárdenas, 213).

Por fin supe que había sentado sus reales en un lúpanar, cerca del Cementerio de San Pedro. Se la conocía por la Nena.

No quiero investigar sobre estos años porque la vida de la Nena fue la de una cualquiera de estas pobres esclavas de la sociedad arrojadas de las fábricas, de su propia familia, de toda suerte de trabajo, de toda manera de ganarse la vida honradamente (Sanín Echeverri, 137).

Esta vida no era particularmente fácil en Medellín, pero estos sitios cobran cierta importancia como puntos de encuentro y reunión, centro de tertulias y discusiones eruditas en medio del humo del cigarrillo y el acaloramiento del alcohol. Reyes Cárdenas identifica tres funciones principales de los burdeles, a saber: “iniciar a los jóvenes, satisfacer a los célibes y apaciguar a los maridos insatisfechos” (213). Doris de la Fontaine o Helena Restrepo se sumerge en este mundo y empieza a tener relevancia entre los literatos e intelectuales que terminaban por la alabanza al bello sexo y así “Helena consiguió un álbum de romances y sonetos en su honor” (Sanín Echeverri, 139). En esta etapa de la desgracia definitiva, el narrador dedica poco espacio al recuento de las acciones y desencadena abruptamente los acontecimientos de la degradación de Helena como un tiempo para olvidar y pasar por alto, tal como la moral y las buenas costumbres lo exigían para la época: no hablar de lo que era un hecho conocido y frecuentado por la hipócrita sociedad moralista de los años cuarenta.

El final de Helena no podría ser menos desconcertante, porque ante este desmoronamiento del status, la dignidad y el respeto por sí misma, todavía logra brillar por la elegancia que como prostituta adquiere bajo la protección de don Arturo Puentes. Pero caerá de nuevo y definitivamente, pues Arturo al suicidarse la aísla indirectamente en una cárcel y, tal como lo alude el apellido del amante, termina pasando por encima de las aguas turbulentas de la vida de ella para someterla a la sombra de los poderosos, esos que juegan por encima de los intereses particulares con aquellas fichas que manejan y manipulan con los hilos del dinero, marcando aún más las diferencias entre las clases sociales.

En suma, Helena termina subyugada bajo la sociedad que enfrentó tanto para conseguir una posición dentro de ella, para que sus aguas diáfanas no se diluyeran al desembocar en el río del desprecio de la sociedad y así su vida termina disolviéndose como el agua que llega al mar, para no representar más que un caudal que se une con muchos otros en la desgracia de la exclusión y el marginamiento, para terminar siendo opacada porque

su vida no es digna de ser expuesta como modelo, a pesar de su arrepentimiento y redención final.

La vida de la protagonista, en esa unión inexorable con la quebrada Santa Elena, termina cargando y arrastrando todas las culpas y porquerías de las cuales la ciudad la ha responsabilizado, finaliza recluida y escondida del mundo, simplemente porque ofreció todo lo que tenía a una sociedad que no la valoró ni aprovechó los aires renovadores de una clase social emergente, pero que dio el verdadero impulso a una sociedad capitalista que alcanzó a configurar entre las décadas del treinta y el cuarenta del siglo XX la verdadera imagen de la modernización de la ciudad colombiana.

Tal vez la vida de Helena Restrepo quedó literariamente sepultada en el anonimato, así como la existencia perdida de muchos personajes de la vida real que intentaron construir un proyecto de vida, en un medio social adverso que rechazó, por la fetidez de sus principios, las aguas bajo las que corría la esencia de una ciudad y que termina ocultando la quebrada, para no ver reflejada en su cauce inmundo la imagen distorsionada de un sueño de progreso que difícilmente se cumplió.

Bibliografía

- Almundoz, Arturo. "Sobre el imaginario urbano de la Latinoamérica Republicana 1830-1950", en: *Cuadernos Hispanoamericanos*, No. 645. Madrid: mar, 2004, 9-21.
- Botero, Fabio. *Cien años de la vida en Medellín 1890-1990*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1998.
- Botero Herrera, Fernando. *La industrialización en Antioquia. Génesis y consolidación 1900-1930*. Medellín: Centro de investigaciones económicas, Universidad de Antioquia, 1984.
- _____. *Medellín 1890-1950. Historia urbana y juego de intereses*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1996.
- Escobar Mesa, Augusto. "Agonía de una sociedad en los albores de la modernidad", en: *Ensayos y aproximaciones a la otra literatura colombiana*. Bogotá: Universidad Central, 1997.
- Gutiérrez Girardot, Rafael. "La literatura colombiana en el siglo XX", en: *Manual de historia de Colombia*. Vol. III. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1980, 445-536.
- Melo, Jorge Orlando. "Algunas Consideraciones globales sobre 'modernidad' y 'modernización'", en: *Colombia: el despertar de la modernidad*, Viviescas,

- Fernando y Fabio Giraldo Isaza (compiladores). Bogotá: Foro Nacional por Colombia, 1991, 225-247.
- _____. (Compilador). *Historia de Medellín*. Tomo I-II. Medellín: Suramericana, 1996.
- _____. “Medellín 1880-1930: Los tres hilos de la modernización”, en: *Revista de Extensión Cultural*, Universidad Nacional de Colombia, No. 37. Medellín: sept, 1997, 11-21.
- _____. “Proceso de modernización en Colombia, 1850-1930”, en: *Revista de Extensión Cultural*. Universidad Nacional de Colombia. No. 20. Medellín: dic, 1985, 31-41.
- Pérez, Luis F. y Enrique Restrepo Jaramillo. *Medellín en 1932*. Medellín: Instituto Tecnológico Metropolitano, 2004.
- Reyes Cárdenas, Catalina. *Aspectos de la vida social y cotidiana de Medellín 1890-1930*. Bogotá: Colcultura, 1996.
- Romero, José Luis. “Las ciudades masificadas”, en: *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1999, 381-471.
- Sanín Echeverri, Jaime. *Crónicas de Medellín*. Bogotá: Banco Central Hipotecario, s.f.
- _____. *Una mujer de cuatro en conducta o “La quebrada de Santa Elena”*. Medellín: Imprenta Departamental, 1948.
- Tirado Mejía, Álvaro. *Aspectos sociales de las guerras civiles en Colombia*. Segunda edición. Medellín: Colección autores antioqueños. Departamento de Antioquia, 1995,
- Toro B. Constanza y Marta Inés Villa M. *Medellín Transformación y Memoria*. Medellín: Suramericana, 1994.